



Memorio 12-11-89. P. E3
2634

9651

167999

Nunca Demasiado Borges

Por Luis Vargas Saavedra

Jorge Luis Borges.



(LA ROSA DE PARACELSO. TIGRES AZULES, por Jorge Luis Borges, El Compás de Oro, Suiza, 1986. JORGE LUIS BORGES EN SU ALMA ENAMORADA, por Juan Antonio Mas- sone, Ediciones Aire Libre, 1988. BORGES, FOTOGRAFÍAS Y MANUS- CRITOS, recopilación y ordenamiento de Miguel de Torre Borges, Ediciones Rengón, Buenos Aires, 1987.)

BORGES y sobre Borges: tres li- bros recientes. El primero: "La rosa de Paracelso. Tigres azules", no puede sino ser suyo, por los ti- gres. Dos cuentos que no vienen en sus "Obras completas", y de los cuales esta hermosa edición no da prenda alguna. Serán póstumos. Se ensamblan con la calidad ya reconocida de toda su obra. "La rosa de Paracelso" varía sobre el tema de "lo mago", un discípulo atarantado pide y exige de su maestro una desamparante prueba de magia, tal como los judíos que le cobraban mila- gro a Jesús. En el sobrio desasimiento del mago, que ya viene de vuelta de to- do alarde, hay una metáfora de: propi- o Borges que también regresa de toda ostentación.

"Tigres azules" se viran en piedras azules que... se viran en otras piedras, según cifras de monstruosas indole anti- matemática. En el veleidoso puñado de piedrecitas se produce y vuelve a producir la ruptura de lo normal-real- usual: estamos delante del fenómeno insólito que rebata las leyes cósmicas. Hombre que entre en contacto con esas rupturas de lo establecido (tal como Prometeo con el fuego, tal como Cristo con el amor) arriesga una muerte pa- vorosa. Ese rastreador de tigres azules es pariente del héroe griego que se atrevía a desobedecer o torear a los di- oes. Así es el héroe borgiano: un atre- vido explorador de lo desconocido, un científico con coraje de Colón, pero sin ayudantes: solitario héroe de la curio- sidad. Como siempre en Borges, la mente que quiere saber y ver, impulsa aventuras sin límites, es lo que antes contara en "El Aleph": la instantánea visión total del universo, que posee la Divinidad. Fray Luis de León anhelaba idéntica riqueza en su "Oda a Salinas" ascender, vía la música, a la música, y allí, en la armonía de las armonías, abarcar todo lo existente.

El rastreador de tigres azules ha quedado prisionero de su tesoro de pie- dras azules; lo obsesional: son un caos de... bolsillo, que él acarrea como los Curie el puñadito de radium. Al revés de Fray Luis de León, este héroe se ha adueñado de la contra-armonía, del re- batimiento de las matemáticas. Desde el momento en que dos más dos no dan cuatro, la mente que presencia esa fácil aberración enloquece.

Aquí hay una variante del tema también tratado en "El Aleph": cual- quier ítem tatuado en la memoria — sea un aviso de cigarrillos o sea una moneda— omnipresente como un dolor que no cesa, conduce a la locura.

Borges pudo enloquecer de Borges. La ronda asediante de unos quince asuntos mentales, en carrusel por los sesos, sin dejar de reaparecer a cada gi- ro, eso es su obra, y eso pudo ser su ma- nicomio. Pero, merced a las variaciones y modulaciones, es decir, gracias al arte gobernado, pudo medicarse, logró seguir siendo y escribir.

Estos dos cuentos están escritos con la elegancia concisa de la última época suya; el segundo es de abril de 1977. Borges, fuera de remediarse la lo- cura latente, se remedió el hiperbarro-

eseritor, según él mismo en sus poemas y entrevistas. Con ellos eslabona una secuencia que es todo un esbozo de au- tobiografía editada por mano ajena. Ahora que Borges ha callado, será fa- cina de entresacar temáticamente su vi- da, sus lecturas, sus obras, todo ello en- trelizado.

Tiene Borges un ensayo acerca de Quevedo, donde se pregunta por qué razón un tal coloso de las letras no es mundialmente conocido. Y se respon- de: porque no hay ningún nombre de mujer allegado al suyo; pero gran amor. Uno se queda pensando que tam- poco lo hay en Cervantes. Y, leído Mas- sone, se sigue pensando que el "test Quevedo" bien podría ser el test de Borges.

Lo que se aprende en Massone son nombres ocasionales (que en vez de tarjar, rubrican el reproche de hombre libresco), más bien una galería plató- nica, en donde se destacan los cinco años de romance con la bailarina Ceci- lia, hija del escritor José Ingenieros. (Que yo recuerde, una sola vez mencio- nada por Borges, en el Epílogo de "El Aleph", a propósito del cuento "Emma Zunz" —el de la vengadora palerna que se hace forzar por un marino para mentalmente reemplazarlo por la víc- tima— "cuyo argumento espléndido, tan superior a su ejecución temerosa, me fue dado por Cecilia Ingenieros.") Elsa Astete, única esposa de Borges, fue un error de nostalgia que duró cua- tro años, de 1968 a 1972. Hay la Beatriz Babiloni de "Dos poemas ingleses" y la Beatriz Viterbo de "El Aleph"; dantesca Beatriz, en ambos casos. Pero por encima de todas ellas, se ejerce Leonor Acevedo, su madre "el joven amor de mi madre" (escribe en "El amenaza- do").

Por trillado y pulverizado que esté el edipismo freudiano, alguien estudia- rá la presencia de esa madre en una vi- da que se volvió obra. Marginal, sólo en apariencia. No hubo directa tutela ni interferencia en lo que el hijo escribía, aunque él haya contado cómo le leía y cuánto le apreciaba el parecer.

Volviendo al libro de Massone, me parece un útil e interesante esbozo del gran tema, al cual no ha pretendido agotar. Ante el cual no debiera anona- darse.

Miguel de Torre Borges dedica su libro así: "A mi abuela Leonor Acevedo de Borges". Ífito que apunta a la gran dama, al Gran Poder. Comienza el libro con un prólogo donde Adolfo Hiny Casares se aliene a una frase de Bor- ges: "Mientras aguardábamos tiosos el clic de la cámara, Borges me susurró: «Qué raro que toda persona tenga pe- queños duplicados de sí misma. Son co- mo los respuestas de sí que tenía en la tumba el faraón»".

Lo valioso del libro son justamente esos ex repuestos, que ya no le sirven al ido, pero que nos sirven a los que aún no nos vamos: al fin aprendemos cómo era la cara que mereció tener esa abuela paterna de Borges, que "pidió perdón a sus hijos por morir tan des- pacio...". Viendo a los antepasados de pie, de uniforme, de gala, de picnic, en- tendemos mejor el cariño del tatarame- to y le pedimos perdón por leerlo tan rápido. Hallaremos dibujado con se- gura y bosca mano de infante, el tigre de su tigrería obsesional. Un dibujo do- miciliado en la magia de los ciervos y bisontes de Altamira (que acaso vayan huyendo de ese tigre) y ransosamente domiciliado entre los petroglifos de la

tas, con cada palabra eslabonada en le- tras de imprenta; todo muy lacónico y muy libro. Allegando lupa, hay que ras- trear en los manuscritos fotografiados, la límpida esgrima mental con que las palabras van siendo ganadas. No hay "camotes", ninguna frase con rayadu- ras y sobrerayaduras, hasta quedar he- cha una zarza de tinta china. Se nota decoro, esmero, pulcritud. Mente rá- pida, mano lenta, porque una tal cali- grafía impide correr con la pluma tras la idea.

En 1923 se parece a Ricardo Lat- cham, atenuado. En 1924 los anteojos de salero le dan un inevitable aire de notario, de adusto inquisidor. Es otra persona con la única barba que sopor- tó, en 1938, reponiéndose del accidente en la cabeza, que le diera septicemia y el primer gran cuento: "Sur". Así, con barba, recuerda a... Neruda, el que huía por la cordillera. Una foto de 1945: Borges contempla como un co- noisseur el atractivo de Estela Canto. A partir de 1970 pierde kilos y la cara se le refina y alarga (la Muerte copia al Greco).

El libro se detiene en el umbral de la fama delirante porque, como lo dice Emir Rodríguez Monegal: "A partir de esta fecha (1976), los homenajes, los doctorados, los viajes, los simposios y congresos se multiplican hasta el deli- rio. Es imposible registrarlos todos". (En Ficciones, F.C.E., México, 1985, p. 422.)

Como conjunto de imágenes, el li- bro es un tesoro: no hay otra recopilación que lo eclipse. Pero su misma in- dule preciosa debió merecer tipografía y edición preciosas. Por ser barato... ha sido pobre: el papel, las tapas, el for- mato. De Freud y de Colette hay libros ejemplares, donde vemos los daguerro- tipos en forma triple, es decir, los ve- mos, y donde las tarjetas y las cartas están acatadas en tamaño natural. Así y todo, este libro, por la fuerza de sus ilustraciones, no puede ser desestima- do. Todo admirador de Borges debería tener su ejemplar.

Luis Vargas Saavedra
de la Universidad Metropolitana

Nunca demasiado Borges [artículo] Luis Vargas Saavedra.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vargas Saavedra, Luis, 1939-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Nunca demasiado Borges [artículo] Luis Vargas Saavedra. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile